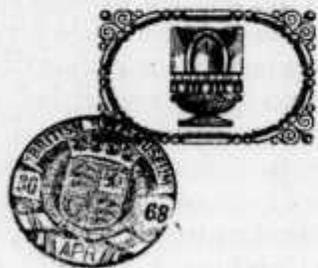


ton oscuro, á cuyo lado jadeaba vigilante un perro blanco azorado de encontrarse en aquel sitio nuevo para él.

Concluido el sacrificio, levantóse la del manto y habló con una de las monjas por la ventanilla de la reja que dá al prebisterio, y de allí se encaminó al locutorio, cuya puerta interior se abrió, y se cerró luego con ruido tras ella, como si rechinasen los goznes enmohecidos de un sepulcro.

Maria cumplia el juramento espresado tantas veces por ella con estas palabras: Ó DIOS Ó ÉL!



*A mi distinguido amigo  
el Sr. D. Luis Dominguez*

14

*Intimera.*

## NOTICIA

SOBRE LA PERSONA Y ESCRITOS

DEL

SR. D. AVELINO DIAZ.

POR UNO DE SUS DISCIPULOS.

HUENOS AIRES.

Imprenta de La Revista.—Eivadavia, 63.

Cup. 405. a. 14.

# NOTICIA

SOBRE LA PERSONA Y ESCRITOS

DEL

Sr. D. AVELINO DIAZ, <sup>R</sup>Y SALGADO

CATEDRÁTICO DE CIENCIAS FÍSICO-MATEMÁTICAS EN EL DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICO-MATEMÁTICAS DE ESTA CIUDAD, DE LA COMISIÓN TOPOGRÁFICA, PRESIDENTE DEL DEPARTAMENTO TOPOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO NOMBRADO POR DECRETO DE 8 DE MAYO 1830; DIPUTADO A VARIAS LEGISLATURAS DE LA PROVINCIA &c. &c.

*“Le temps qui efface tant d'autres noms, perpétue, au contraire, et entoure sans cesse d'un nouvel éclat le nom de ces hommes rares qui semblent avoir révélé de nouveaux ressorts dans l'intelligence, et donné des nouvelles forces à la pensée. Et comme leur esprit, devant leur siècle, avait surtout en vue la postérité, ce n'est que de la suite des siècles, qu'ils peuvent attendre tout ce qui leur est dû de reconnaissance et d'admiration”*  
(P. FLORENS.)

BUENOS AIRES.

Imprenta de La Revista.—Rivadavia, 63.

1863

Recibido el 21 Julio 1863



## ADVERTENCIA.

---

*La digna persona á quien se contradé esta noticia merece una esposicion mas detenida de sus méritos; pero tal como es el presente bosquejo, pudiera ser bastante para el fin que nos hemos propuesto al trazarle. Queremos despertar la memoria del Sr. Diaz con el objeto de que el poder de su nombre venga en nuestra ayuda para realizar el pensamiento de restablecer en gran escala el estudio de las Ciencias Matemáticas y naturales en Buenos Aires, y para solicitar de quien corresponda la reimpression de los tratados elementales que escribió aquel distinguido profesor de la Universidad—(\*)*

*La honra y el provecho del pais están interesados en la realizacion de estos propósitos, los cuales no pueden en*



nuestro concepto ponerse bajo patrocinio mas eficaz que el que les presta nuestro sabio y virtuoso compatriota *D. Avelino Diaz*. Su estatua, que por decreto del gobierno se labra en este momento para ornar con ella el fróntis del edificio de la *Universidad Bonaerense*, sería mas que un trofeo de nuestra cultura, una ironía y un reproche, si las ciencias á que se consagró aquel malogrado talento, permaneciesen sin culto y sin sacerdotes en aquel mismo establecimiento.

(\*) Il est des gloires trop élevées, trop splendides, pour qu'elles puissent rester dans le domaine des choses privées. Aux gouvernements revient le soin de les préserver de l'indifférence ou de l'oubli; de les offrir sans cesse aux regards, de les épancher par mille canaux, de les faire concourir, enfin, au bien général.

(Informe de la Comisión de las Cámaras de Diputados de Francia en 1842, encargada de dictaminar acerca de la impresión de las obras de Laplace por cuenta del Estado).




---

## D. AVELINO DIAZ.

(Noticias sobre su persona y escritos.)

---

**D. Avelino Diaz y Salgado**, hermano menor de **D. Matias Patron** y de **D. Ramon Diaz**, ciudadanos estimables y abogados de nota en el foro de Buenos Aires, nació en esta ciudad por los años de 1800. Llamado por una vocacion especial al estudio de las matemáticas, comenzó á asistir desde la edad de diez y seis años á la *Academia del Estado*, fundada por el cuerpo consular, oyendo en ella las lecciones del sabio **Lanz**, del sargento mayor **Herrera** y de **D. Felipe Senillosa**. En el año 1821, ya estuvo **D. Avelino** en estado de oponerse á la cátedra de matemáticas en el concurso

público que se abrió el 21 de febrero, para cerrarse veinte días después de esta fecha. Esta cátedra obtenida por el exclusivo influjo de la superioridad de Diaz sobre los demás candidatos, estuvo muchos años bajo su dirección con aprovechamiento de sus numerosos discípulos, de quienes supo hacerse respetar y amar.

La superioridad del joven catedrático se había desarrollado bajo la influencia de algunas inteligencias notables, atraídas hacia nosotros por el estado de la España de entonces y por las esperanzas que hacían concebir á los amigos de la libertad los principios proclamados en las provincias Unidas del Rio de la Plata. D. Angel Monasterio, matemático de renombre, cuyos servicios á la causa de nuestra independencia no pueden olvidarse, se había establecido en el país desde 1812. D. José Lanz, no menos célebre y bien conocido por sus tratados sobre máquinas, permaneció también algunos años entre nosotros ocupado de la enseñanza de varios ramos de su ciencia. D. Felipe Senillosa, sucesor de D.

Pedro Antonio Cerviño en la escuela del Consulado, había puesto á la moda los buenos estudios matemáticos y despertado la inclinación al estudio general de las ciencias de aplicación.

D. Avelino, discípulo de Lanz y de Senillosa, trajo á sí, por la tendencia natural de su espíritu, todas las ideas y doctrinas que los sabios mencionados habían derramado en la esfera de sus relaciones. Él era en nuestro país uno de sus primeros matemáticos y gozaba de la reputación de tal.

A este título, la sociedad de ciencias físico-matemáticas, dió lugar en su seno al Sr. Diaz, asociándole inmediatamente á sus trabajos activos. En la sesión del 8 de mayo de 1823, el Sr. Senillosa, leyó una memoria explicativa de los principios que le habían guiado al trazar el programa de un curso de geometría que presentaba al examen de la misma sociedad. D. Avelino Diaz y D. Vicente Lopez, fueron los elegidos para ese examen, con obligación de estender por escrito el juicio que formasen sobre el trabajo del Sr. Senillosa, como lo hi-

cieron en poco tiempo y de una manera satisfactoria.

El informe de los señores Diaz y Lopez es favorable y lisonjero para el autor del "Programa," y fundan detenidamente y con razonamientos claros su asentimiento á la idea dominante en ese escrito, aunque en algunos puntos se aparten de ella. Los autores del informe, consideran al "Programa," ante todo, como el molde en el cual se deberian vaciar en adelante todas las obras elementales que se escribiesen en el pais para difundir las ciencias. "La generacion de las ideas" sin adopcion exclusiva del analisis ó de la sintesis, es la divisa de los llamados á juzgar la obra de Senillosa. "Este curso, dicen, presenta un gran modelo, que si se generaliza en los demas, la educacion pública del pais habrá llegado á perfeccionarse dentro de poco; esto es, conseguiremos que los alumnos salgan de las aulas con sus facultades tan bien desenvueltas, que no solo estarán á su alcance los conocimientos ya adquiridos por los sabios, sino que tambien se pondrán en estado

de descubrir y adelantar las ciencias. Esto se conseguirá desde que todos los cursos tengan el mismo órden que este ó se le aproximen. Las demas ciencias se harán tan fáciles como van á serlo las matemáticas, desde que el autor, principiando por las ideas mas simples y mas al alcance de los alumnos, ha conseguido enseñar á llevarlos hasta las últimas verdades y operaciones, haciendo que caminen de una verdad conocida á otra que inmediatamente se le sigue, sin interrumpir jamas esa graduacion insensible."

Los sistemas didácticos, y las cuestiones de método daban mucho que pensar por entónces á las personas que se hallaban al frente de la educacion costeadá por el Estado, en razon de una necesidad obligatoria creada por la hábil prevision del gobierno. Un decreto de fecha 6 de marzo de 1823, disponia que todos los profesores de la Universidad preparasen sus trabajos dictados en este establecimiento, á fin de que sus lecciones fuesen impresas oportunamente para comodidad de los discípulos y regularidad

del estudio. Estas lecciones ó cursos debian constar de dos partes: Contraída espresamente la primera al testo de la doctrina ó ciencia de cada asignatura, y la segunda á la “redaccion, con criterio y precision *de la historia* de la respectiva facultad, desde su origen conocido.”

El jóven profesor de matemáticas elementales, cuidadoso de su buen nombre, y empeñado en el aprovechamiento de sus alumnos, miraba la tarea de escribir la obra que le correspondia, desde un punto de vista alto y general. Decíale su buena razon, que la ciencia, tal cual hasta alli se enseñaba tenia mucho de oscuro y recargado y que tiempo era ya de dar un fin comun á la instruccion, de manera que al aplicarse un discípulo á un ramo cualquiera de conocimientos, sacase de su estudio no solo nociones especiales, sino un desenvolvimiento mayor de poder en sus facultades intelectuales y nuevos instrumentos de indagacion para perseguir la verdad en cualquier region del saber.

El plan de Senillosa adoptado de lle-

no por su discípulo y generalizado mas por este, dió por resultado en gran parte el curso de ciencias fisico-matemáticas que honra la memoria de D. Avelino Diaz.

Senillosa se habia inspirado conocidamente en Condillac y en Suzanne. El primero de estos dos últimos habia dicho en su obra titulada *Lengua de los cálculos*: “por lo general se aprende mal aquello que *no se ha sentido la necesidad* de aprender.” El segundo, explicando su método en la obra que tituló: *Manière d'étudier les mathématiques*, estableció que se debia tratar la ciencia uniendo unas ideas á otras del modo mas sencillo y natural posible, de manera que no se diera un paso que no proviniere del anterior inmediato, tendiendo á eslabonar todas las verdades para que formasen al fin un solo todo.

Estos principios fueron la guia de D. Avelino en la redaccion de su curso del que solo hay impreso: Lecciones elementales de aritmética (I); Lecciones ele-

(1) Impreso en 1821, 143 páginas en 4°.

mentales de álgebra (1), y Elementos de geometría. Estos tratados y otros varios, como el de *geografía metemática* y el de *física*, á que se refiere en la pág. III de la Aritmética constituían el curso completo de ciencias físico-matemáticas en el Departamento de estudios preparatorios.

Al frente de estas lecciones se lee el siguiente epígrafe: "La observación y el cálculo son los dos medios dados al hombre para conocer la naturaleza," especie de corolario deducido de las siguientes palabras escritas por Mr. Playfer en los suplementos á la Enciclopedia británica: "Las matemáticas puras han sido siempre uno de los principales instrumentos empleados por los modernos en el adelantamiento de las ciencias naturales: el otro es la experiencia."

D. Avelino entró, pues, con mano segura en la tarea de la redacción de su curso. Unos cuantos principios bien claros, estampados y firmes en su inteligencia, debían conducirle de lección en lección, desde las nociones más rudimentales de la ciencia hasta los pro-

(1) Impreso en 1824, en 4.<sup>o</sup>, 140 páginas.

(2) Impreso en 1830.

blemas más áridos. Hacer sentir la necesidad de absolver una duda así que otra inmediatamente anterior y correlativa quedase aclarada; desarrollar las ideas con la lógica de la propia generación de ellas, tales eran los jalones intelectuales que al mismo tiempo que señalaban al autor un camino sin estorbos, le daban, como una creación espontánea, el plan armonioso de su trabajo.

Al leer la primera página de la aritmética de Diaz, ya se advierte algo de luminoso que impresiona, de natural que atrae, de sencillo que alienta al estudio. La idea de la *unidad*, con que comienza, no puede ser espresada ni con más elegancia ni con mayor laconismo. Si dividimos ó consideramos dividido, dice, un todo en partes iguales, llamamos unidad á cada una de estas partes. . . . Una vez que ha dado á conocer este punto de partida de la ciencia de los números, comienza á mostrar cómo es que se forman estos por la simple adición de una unidad á otra, formando grupos á que es preciso dar nombre y signo representativo. De esta necesidad hace na-

cer otra que es la de dividir la numeracion en *hablada y escrita*. Si á cada número, continua, se hubiera querido dar un nombre particular, jamas se acabaria de dar nombre á los números. Discurriendo de un modo análogo, demuestra que si los números se representasen con palabras, las espresiones resultarian demasiado largas y serian impropias para la prontitud que requieren las combinaciones del cálculo, de donde deduce que los hombres, en vista de estas dificultades, se hallaron en la necesidad de resolver estos dos problemas:

“1.º Hallar un método por el cual, con cierto número de palabras, se pueda dar nombre á un número propuesto por grande que sea.

“2.º Hallar un método por el cual, con cierto número de caractéres, se pueda espresar un número dado por grande que sea.”

Este es el método de espresion que guarda en todas sus lecciones el Sr. Diaz, enteramente de acuerdo con los principios fundamentales del sistema de la generacion de las ideas.

La primera parte de su Aritmética trata de la composicion y descomposicion de los números en general: y la segunda, de las combinaciones de las operaciones de composicion y descomposicion. Las operaciones de composicion son para él todas las que conducen á aumentar la cantidad, desde la adiccion hasta la elevacion á potencias; y las de descomposicion, aquellas que desempeñan la funcion contraria y comienzan por la sustracion y acaban con la extraccion de raices. Se advierte, pues, á primera vista que Diaz se separa del órden general que guardan los tratados comunes de aritmética, en los cuales se sucede inmediatamente la resta á la suma, la division á la multiplicacion: órden ilógico que no se funda sino en la rutina.

No se crea que por dominar un sistema rígido y al parecer artificioso en este tratado de aritmética, se ha descuidado en él la parte práctica. En la 2.ª seccion de la 2.ª parte, se contrae su autor á aplicar las operaciones aprendidas á los *usos mas frecuentes de la sociedad*,

y muestra cómo se verifica el cálculo de los números denominados, de los decimales, y las operaciones de aligación, de compañía, de reducción de medidas, de descuento, de interés etc. Y sin embargo, aunque esta aritmética abraza las materias del cálculo numérico no pasa de 130 páginas en 4.º de tipo abultado. Al fin de cada parte ha puesto el autor un *cuadro sinóptico* que sirve de índice metódico de las materias contenidas en el curso. El joven que se acostumbre á desenvolver sus ideas según este sistema sinóptico, adquirirá gran facilidad para colocar con método en su cabeza los conocimientos que adquiriera.

El tránsito del estudio de la aritmética al del álgebra, escabroso y oscuro por lo general para la comprensión de los estudiantes, se verifica en el curso de nuestro joven profesor de una manera ingeniosa y tan clara como lo permite la materia. Una parte de las dificultades se encuentra ya vencida por la familiaridad que el discípulo ha contraído con los signos y con las ecuaciones numéricas. Pero no basta esto. Según el mé-

todo de Diaz, es preciso que aquel sienta la necesidad de proporcionarse nuevos procedimientos de cálculo mas generales que los de la aritmética. Para esto, coloca al discípulo en el caso de resolver algunas problemas que consisten en hallar la expresión de la diferencia, producto ó cociente de varias cantidades expresadas por la suma diferencia ó producto de otras. Pero como entre las cantidades que entran en estos problemas se hallan algunas de valor indeterminado ó desconocido, es indispensable para hallar el valor de estas incógnitas buscar procedimientos independientes de los valores numéricos. A mas, aun cuando pudiera encontrarse el valor de una cantidad desconocida por medio de operaciones numéricas, el resultado seria tal que refundiría en sí los elementos del problema, sin dejar la traza del camino que condujo al resultado definitivo. De estas consideraciones deduce el autor la necesidad de resolver esta cuestión: hallar unas cifras que no teniendo valor determinado no puedan refundirse unas en otras á fin de establecer las reglas de

la composición y descomposición de las cantidades de la manera mas abstracta. Este es el objeto del álgebra.

El tratado de álgebra de D. Avelino Diaz, está redactado en la misma forma, y bajo el mismo método de su aritmética; pero solo se estiende hasta la resolución de las ecuaciones de segundo grado y una sola incógnita. En la página 117 se halla un pequeño apéndice con el título de "Aplicaciones del álgebra á la resolución de algunas cuestiones numéricas." Este tratado secundario tiene por objeto el enseñar á vencer la gran dificultad práctica del cálculo, que consiste en saber *plantear un problema*. Esta dificultad, segun D. Avelino, solo puede vencerse con la resolución de una serie de problemas gradualmente dificultosos, "*hasta llegar á adquirir cierto espíritu analítico y la facilidad de traducir las cuestiones, del lenguaje vulgar en que vienen propuestas, á la escritura algebrica en que deben resolverse.*" Esto, si no nos engañamos, es bello y luminoso.

El señor Diaz se introduce á la ense-

ñanza de la Geometria apartando como un estorbo las nociones que acerca de la *extension* han pretendido dar los metafísicos. Recurriendo al testimonio de los sentidos y á las impresiones que en ellos causa la materia, establece que la extension es aquella propiedad en virtud de la cual los cuerpos son susceptibles de ser recorridos por la vista ó por el tacto. Los límites de los cuerpos son sus *superficies*; el espacio encerrado por estas determinan su *volúmen*, y las superficies al encontrarse entre sí forman las *líneas*, asi como los contactos de estas constituyen los *puntos*. Y como las formas de los cuerpos varian á medida que varia tambien la naturaleza de sus superficies, los *grandores y posiciones respectivos* de estas, deduce Diaz, que siendo la Geometria la ciencia de la extension, puede reducirse toda ella á resolver este gran problema: "Averiguar las relaciones que unen entre sí á todos los cuerpos en cuanto á sus formas, á sus mútuos grandores y á sus posiciones respectivas."

Asi queda naturalmente trazada la

distribucion de las materias que abraza su tratado de geometria, en el cual comienza por estudiar la "estension limitada por superficies planas." Siendo las *líneas* el límite de estas, se ocupa de considerarlas, primero con respecto á su *grandor* y luego con respecto á su *posicion y grandor*, ya tomadas en el papel, ya sobre el terreno, mezclando asi de un modo natural la teoria con lo que se llama comunmente la "geometria práctica." Esta parte está bien atendida por el autor, pues da, de paso, á conocer, con suficiente detencion los instrumentos geodésicos mas sencillos, sus usos y sus aplicaciones sobre la superficie de la tierra, como tambien la teoría de la escala de Vernier para la mensura esacta de los ángulos.

Al tratar de las líneas con respecto á su *grandor* y *posicion*, es fácil concebir que el autor se ocupa de los ángulos, de los triángulos y de los polígonos en general, dejando lo que dice relacion con el cálculo de las superficies para la seccion en que trata de los "planos con respecto á su *posicion* y *grandor*."

Los planos, considerados con respecto á su *posicion* y *grandor*, y tomados de modo que formen ángulos entre sí, llegan á limitar espacio ó á formar lo que el autor llama con propiedad *cuerpos terminados por planos*, que son los poliedros. Pasa luego á la nomenclatura individual de estos, estudia sus propiedades, y termina por el cálculo de los volúmenes, que es la parte práctica de esta seccion de la geometría.

Tal es en resúmen el contenido y la testura del curso elemental de matemáticas del Sr. Diaz, que se comenzó á dictar por primera vez en la universidad de Buenos Aires el dia 1<sup>o</sup> de marzo de 1824. Hoy se encuentra agotada la edicion que se hizo de él y solo á esta circunstancia puede atribuirse el que no se siga actualmente por los profesores de aquel establecimiento público. El método de Diaz, como creemos haberlo hecho sentir, es un poderoso auxiliar para la disciplina de los estudios en general y un verdadero tratado de lógica práctica, comprobándose con él de una manera palpable la exactitud del axio-

ma, de que un buen sistema en la enseñanza de las matemáticas es la mejor preparación para el estudio de las ciencias morales.

La fama de D. Avelino Diaz, como matemático, es una de las mas merecidas: y no trepidamos en asegurar, que si hubiese tenido otro teatro y vida mas larga, habria figurado entre los primeros géometras del mundo.

Ahi están sus obras elementales para confirmar nuestra aseveracion.

Cuando redactó su curso, permítasenos inculcar en esto, no entró á tientas en la tarea, sino guiado con seguridad por meditaciones y estudios anteriores. Sus lecciones son la solucion del problema que él habia planteado ante su espíritu, para toda obra didáctica elemental, y es el siguiente, espresado con sus propias palabras: "Encontrar un método seguro que en el mas corto tiempo nos conduzca al mayor número de conocimientos."

Para encontrar este método que muestra el gran precio que daba al tiempo de que dispone la juventud estudiosa, no se

habia contentado con seguir á ciegas las opiniones de su maestro Senillosa. Habíase dado cuenta exacta de los diferentes métodos empleados por los autores mas acreditados, y sobre las cualidades que debe reunir una obra elemental.

Diaz consideraba el estudio de las matemáticas mucho mas útil como medio para cultivar la razon, que como conjunto de teorías aplicables á las necesidades de la vida y de la sociedad. Criticaba á aquellos maestros que fatigan la memoria del discípulo con pormenores minuciosos desatendiendo el encadenamiento natural de las ideas. Pensaba como Montaigne, y creia *qu'il vaut mieux forger l'esprit que le meubler*. Estudiando la ciencia de los métodos, desde que aparecieron los primeros maestros de las antiguas "Escuelas centrales" de Francia se decidió al fin por aquel que trata de sugetar la enseñanza de las ciencias al orden de la sucesion natural de las ideas, y se hizo, como lo hemos visto, apasionado adepto de Mr. de Suzanne. A la obra de este cuyo título hemos ya mencionado, llamaba

Diaz, el "código de la enseñanza de las matemáticas."

Estas ideas están consignadas por él con lucidez y admirable laconismo, en el informe que dió al gobierno en el año 1823, acerca del mérito de unas lecciones de matemáticas publicadas en Lima el año próximamente anterior por el Dr. D. Gregorio Paredes. Este informe que se publicó por primera y única vez en el t. 2.º n.º 14 de la Abeja Argentina, es un escrito notable que comienza por una ojeada rápida sobre los varios métodos que han empleado los autores en la enseñanza de las matemáticas y sobre las cualidades que debería reunir una obra elemental. Según este bosquejo preliminar, todos los métodos seguidos en la enseñanza de las matemáticas pueden reducirse á tres clases. A la primera pertenecen aquellas obras que siguen el procedimiento ya dado á conocer de M. de Suzanne. A la segunda pertenecen las que según el *método de los inventores*, llevan por objeto el dar á conocer los principios de la ciencia al mismo tiempo que el origen y espíritu de sus

procederes. Las obras de Francoeur, Lacroix, Biot &c. se deben clasificar, según Diaz, en esta segunda clase. A la tercera pertenecen aquellos tratados, cuyos autores se proponen enseñar los principios de la ciencia, sin cuidarse de lo mas interesante, que consiste en el cultivo del entendimiento para disponerle á la investigacion de la verdad. Advierte D. Avelino que á esta tercera categoría pertenece "por desgracia," el mayor número de las obras de matemáticas. Cualquiera que sea el plan de una obra, añade, debe reunir exactitud, sencillez, fecundidad, y elegancia, cualidades que se reasumen en la exactitud y la brevedad. Fijados estos principios, pasa Diaz á aplicarlos en el exámen de la obra que sometia á su juicio el superior gobierno, desempeñandose en esta parte de su informe con tanto acierto como se descubre en lo que acabamos de dar á conocer del mismo trabajo.

Es muy probable que Diaz haya dejado otros escritos que no han llegado á nuestro conocimiento. Su aplicacion se contraia á varios ramos del saber, y en

sus últimos tiempos comenzaba á aficionarse á la parte amena de la literatura, á la que habia profesado una especie de desden durante su primera juventud. Varias veces le habiamos oido juicios errados acerca de la influencia de la poesía sobre el hombre y sobre la sociedad, y tal vez se nos perdonará por esta razon el que demos publicidad á la siguiente anécdota.

En una mañana calorosa de las vacaciones del 1er. año que estudiábamos con él, nos encontrábamos felices con la posesion de dos objetos:—un racimo de uvas comprado en los puestos del Mercado y un ejemplar magnífico del poema de *L'imagination*, muy bien encuadernado, adquirido en la libreria de Mr. Lecerf con el ahorro de dos meses de nuestro escaso sueldo de Delineador en el Departamento topográfico.

En una de las grandes mesas de esta oficina gozábamos, grano tras grano y alejandrino tras alejandrino, de aquellas dos adquisiciones, cuando sentimos los pasos inesperados de una persona. Las uvas desaparecieron bajo dos pliegos de

papel marquilla; pero apenas nos apercebimos de que estabamos en la presencia del Sr. D. *Avelino* tratamos de hacer lo mismo con los dos volúmenes.— A pesar de esta precaucion, el excelente maestro preguntándonos qué leiamos tan temprano y apoderándose al mismo tiempo del cuerpo del delito, nos manifestó desagrado porque perdiamos el tiempo en hojear poesías. Nuestra vergüenza y sentimiento por aquella reconvenccion fué grande y casi nos creimos responsables de un delito; pero como el censor era por lo comun tan indulgente, pudimos serenarnos y llamarle la atencion á uno de los cantos de aquel poema en el cual se desenvuelven los principios que guian en el estudio de las facultades intelectuales, conforme á la doctrina de la sensacion, que es la de *Condillac*, y probablemente la mas conocida de *Diaz* como de todos los hombres estudiosos de aquella época.

D. *Avelino* leyó como un cuarto de hora en el lugar que le habiamos indicado y nos pidió prestado el libro, con gran satisfaccion nuestra, por otra parte.

El matemático quedó desde entónces algo convertido, pues nos consta que hallándose de paseo á las orillas del Rio Negro en el Estado Oriental, encargaba á su casa que entre su equipage no olvidasen de colocar su ejemplar de Delille que se habia proporcionado para su biblioteca despues de devolvernos el nuestro.

Un gran personaje de nuestro siglo ha vulgarizado la idea de que no hay hombre indispensable en este mundo. Esta máxima que derrama cierto consuelo egoista en la sociedad que experimenta la pérdida de algun ciudadano eminente, tiene á veces sus excepciones, porque no siempre es pródiga la naturaleza de las calidades especiales que distinguen á determinadas y escasas personalidades.

Hay un lado por el cual la desaparicion temprana de Diaz fué una desventura sin compensacion hasta ahora. Era entre nuestros hombres el llamado para ser cabeza y centro directivo de la educacion segun las tendencias de la época moderna.

Aun cuando los cabellos de su hermosa cabeza hubiesen llegado á tomar el color de la nieve, su corazon no se habria enfriado en el amor á la juventud, ni su carácter hubiese perdido jamas aquella amabilidad seria que despertaba en los discípulos esa simpatia que impone atencion y facilita el aprovechamiento.—Ajeno á toda rutina, entregado al estudio de la naturaleza por medio de la observacion y del cálculo, profundo y respetuoso admirador de las leyes divinas que gobiernan al mundo en el órden material y moral, poseía el sentimiento de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, en grado eminente.

Amalgamados en él estos principios con la fé heredada que nunca discutió, era un filósofo verdadero que si bien se habia dado cuenta exacta de todos los fenómenos que enseña la metafísica, no participaba ni de los resabios del escolasticismo, ni del espíritu fanático reaccionario que distinguió á nuestra escuela por los años de 1822.

*Maciel, Chorroarin, Achega, Saenz,*  
todos cuatro dignísimos sacerdotes á

quienes tanto deben las letras y la enseñanza pública, no pudieron nunca prescindir de sus antecedentes.

Por grande que fuesen sus talentos, por aplicados que fuesen siempre á seguir el movimiento de las ideas en el progreso de los tiempos, unos se encontraban atados á las consideraciones de su estado y otros á las formas y á las disciplinas escolares que habian trillado hasta doctorarse en sagrada teología.

Todos ellos eran ajenos á las ciencias de observacion, al cálculo, incapaces de manejar un instrumento de física ó de geodesia; y naturalmente bajo su influencia no podian menos que desarrollarse mas de lo necesario los estudios puramente eruditos en los cuales se buscaba la verdad por medio de aparatos lógicos artificiales, pagando considerable tributo á la vanidad y á la ostentacion que envilecen á la verdadera ciencia.

*Diaz* estaba llamado á dar una direccion mas acertada á las inclinaciones juveniles en el cultivo de la inteligencia. Ayudado de hombres como *D. Diego*

*Alcorta*, vaciados en un molde idéntico al suyo, habria dado tal rumbo á los espíritus y tal dignidad á las funciones docentes que nos hubiesen levantado á una altura notable en el plan y en los frutos de la instruccion superior.

La moralizacion de la sociedad por medio de la difusion de las luces era uno de sus pensamientos favoritos

Demócrata porque era bueno é ilustrado, no perdió de vista la mejora del habitante del rancho.

En una de sus conversaciones interesantes le hemos oido desarrollar con la claridad natural de su juicio un pensamiento, fecundo, á nuestro entender, en excelentes resultados.

Los colegios de internos, decia esa vez, son mas urgentemente necesarios en la campaña que en la capital.

Alli donde los ejemplos del hogar son atrasados por el lado de los hábitos, de las ideas y de las buenas propensiones sociales, es indispensable colocar al maestro moral é inteligente en lugar del padre, á fin de que el jóven modificado en el seno de la familia que el Estado for-

me dentro del colegio, lleve al techo de su familia verdadera la influencia irresistible de lo bueno y de lo culto. Este pensamiento, añadia, tiene desde luego una objecion que es preciso combatir.

La idea de colegio y la de bóvedas y paredones son correlativas en las cabezas; pero el edificio de las casas de educacion en la campaña deberian ser ranchos grandes, cubiertos con paja como son las habitaciones en que nacieron y se crearon los alumnos para quienes se destinasen.

No hay duda, pues, de que el Sr. D. Avelino era el hombre llamado por su vocacion y sus luces para manejar entre nosotros la llave de la educacion en general, llave de dos vueltas que puede abrir para la sociedad la puerta del verdadero progreso ó la del mas lamentable atraso.

Este hombre que caminaba en edad á par del siglo, seria hoy un anciano venerable aun no vencido por el peso de los años, y los hijos y nietos de sus primeros discípulos le formarían una corte de honra y de respeto digna de contemplar-

se, si la Providencia, en sus combinaciones que escapan al algebra del matemático, no hubiese dispuesto de otro modo.

Mientras el pincel no nos dota de un retrato de Diaz para colocarle al lado del de su cólega y amigo el Dr. Alcorta, en el salon de nuestra Universidad, ensayaremos trazar uno con la palabra sin mas auxilio que nuestros recuerdos, fieles á pesar del mucho tiempo transcurrido desde la desaparicion del original.

Si nadie considera en nuestros dias á la *iconografía* como una ciencia fútil, si no faltan talentos escogidos que hagan serios estudios sobre ella, como observa M. Arago en la biografía de Carnot, nos será permitido decir que D. Avelino Diaz era de poca estatura, de formas delicadas y bien proporcionado de cuerpo. Cuidaba mucho del aseo de su vestido y persona y era sumamente culto en los modales y el lenguaje. Su cabeza sobresalia por su mucho desenvolvimiento en proporcion á los demás miembros; sin embargo, no tenia protuberancia que le afease su frente agra-

dablemente despejada: su cabello era castaño con reflejos de rubio. Las cejas delgadas y casi juntas, formaban sobre sus ojos azulados curvas perfectas que casi se tocaban en la raiz de la nariz, que era perfilada y recta. Su boca era pequeña con hoyos en los extremos, recogida hácia el centro. Su barba era regular, el cuello delgado pero no muy largo. Su semblante era por lo comun, alegre y afable; sonreia con frecuencia pero rara vez reia. Cuando miraba fijándose con atencion en alguna cosa, contraia los ojos, y entónces tomaba su mirada tal fuerza que causaba la ilusion de creerse capaz de penetrar al traves de los objetos opacos.

Perdónesenos estos pormenores que pudieran parecer triviales. La memoria se convierte en daguerreotipo cuando traemos á ella la imágen de los seres queridos.

Diaz era de una complexion débil y de un desarrollo intelectual en desequilibrio con sus fuerzas físicas. Su alma, á pesar de ser la de un matemático, gastó temprano los resortes de su cuerpo. Ya

en el año de 1829 estaba su salud bastante comprometida, y se vió obligado á trasladarse á las márgenes del Rio Negro, en el Estado Oriental, con el objeto de detener la afeccion pulmonar que le llevó al fin al sepulcro.

Su fallecimiento tuvo lugar en las cercanias de Chascomus (estancia de las *Mulas*) el dia 1<sup>o</sup> de junio del año 1831. Con este motivo se vió cuánta era la estimacion que hacian sus discípulos y el público en general, del jóven profesor de matemáticas, que honyaba al pais con su talento y exelentes prendas morales. Asi que llegó á Buenos Aires la fatal noticia, se empeñaron los discípulos y amigos del ilustre difunto para que se trasladase su cadáver á esta ciudad para tributarle las honras debidas, y á las 4 de la tarde del 20 de aquel mismo mes se reunió una numerosa y escogida comitiva en la iglesia de la parroquia de Monserrat en que estaba avencindada la familia del Sr. Diaz. En el pórtico de dicha iglesia se hallaba colocada la modesta caja fúnebre la cual fué tomada á brazo por los señores Lopez, Senilla-

sa, Arenales, Ibañez, Mossotti y Monteseoca. Seguían inmediatamente cerca del féretro los dolientes, el cura de la parroquia, los empleados del Departamento Topográfico y los catedráticos de la Universidad. Mas de doscientas y tantas personas notables dispuestas de dos en dos siguieron el convoy por ambas veredas de las calles. De cuadra en cuadra se relevaban los que cargaban el cadáver, el cual se depositó en la misma sepultura donde yacían los restos de los mencionados hermanos mayores de D. Avelino. Concluida la parte religiosa de aquel acto, tomaron alternativamente la palabra D. José Arenales, D. Felipe Senillosa y el Dr. D. Vicente Lopez. El primero, manifestó en breves palabras el dolor que había causado en su ánimo la prematura pérdida de su condiscípulo y amigo; recordó las virtudes y talentos que habían adornado la meritoria carrera del lamentado compatriota, y pidió al Sr. Senillosa, que como maestro, y justo apreciador del mérito de Diaz, lo hiciera patente en aquel lugar. El antiguo profesor de matemáti-

cas dijo entonces: "Aqui yace nuestro comun amigo D. Avelino Diaz. El fué mi primer discípulo en el estudio de las ciencias esactas; despues mi segundo y sucesor en la enseñanza, y posteriormente ha sido tambien mi compañero y sucesor en la direccion de los trabajos del departamento Topográfico. Yo debo aqui hacer la confesion ingenua que en todos estos destinos, D. Avelino Diaz sobresalió siempre en aplicacion y conocimientos, y que su conducta y buena moral pueden servir de modelo para la juventud. . . . Estoy penetrado del mas vivo sentimiento por su pérdida." Despues de un momento de recogimiento, el S. Dr. D. Vicente Lopez con voz alta y conmovida arrancó lágrimas á la silenciosa concurrencia con una elocuente alocucion que por fortuna se ha conservado y es la siguiente: "Hemos cumplido, señores, con un triste y amistoso deber: hemos acompañado hasta el sepulcro de sus dignos hermanos, los restos del jóven virtuoso, del jóven científico D. Avelino Diaz. Ah! qué he dicho! Qué suceso he proferido! El jóven vir-

tuoso, el jóven científico D. Avelino Diaz ya no existe entre nosotros! O dolor, ó desconsuelo! y tanto mas grande, cuánto mas se contemplan las circunstancias. El habia nacido con las mas felices disposiciones para llegar á ser una existencia moral sobresaliente, una existencia de aquellas que, comparadas con las masas, son como los astros que alumbran al mundo. Nacido con estas disposiciones, encontró en su misma casa nobles modelos y en la patria una nueva direccion y enseñanza que las hicieron fructificar desde muy temprano. Pronto se halló él mismo en estado de presidir la enseñanza físico-matemática, y nos hizo ver en sus lecciones un espíritu vasto y penetrante, iluminado con los últimos métodos del siglo, capaz de llegar al límite de cuanto hoy se sabe en dichas ciencias y aun de pasar adelante, que es la prerogativa de los genios. Pero, cuando mas nos complaciamos con el espectáculo de sus virtudes y de sus obras, y con la esperanza de los productos que debia recibir la patria de estos dos elementos tan felizmente com-

binados en su persona, entónces ha sido cuando la muerte lo ha arrebatado de entre nosotros y lo ha reducido á estos mudos despojos. Ya no verán mas nuestros ojos su semblante de paz, ya su voz apacible no sonará mas en nuestros oídos, ni gozaremos mas de aquellas conversaciones que elevaban nuestros espíritus y mejoraban nuestros corazones. Ah! qué motivo mas digno de arrancar nuestras lágrimas! Sí, compañeros de mi dolor, derramémoslas sobre su sepulcro. Cada lágrima que derramemos, como se ha dicho en igual ocasion, es una ofrenda que hacemos á la virtud y á las ciencias, y un efecto verdadero de nuestro patriotismo.

“Mas, una reflexion ocurre á mi espíritu que cambia repentinamente mis sentimientos. La alma no está comprendida en estos tristes despojos; su alma es inmortal, y siendo tan pura y meritoria no hã hecho otra cosa que verificar temprano su regreso al seno infinito del criador. Asi Mercurio suele aparecer sobre el horizonte oscuro para mostrarnos su belleza y brillantez, y sin

llegar jamás á culminar en el meridiano, vuelve á bajar y se pierde en la luz inmensa del sol. Sí, Avelino! nuestro antiguo amigo y compañero! Tú apareciste sin duda entre nosotros con tan dignas calidades para volverte cargado de nuestro amor y admiracion al destino que correspondia á las virtudes de tu espíritu, un destino eterno y feliz.

*Candidus insuetum miratur limen Olympi,  
Sub pedibusque videt nubes et sidera....*

“Adornemos, pues, tu sepulcro con rosas y siemprevivas, y mientras existan tus discípulos, y mientras haya amantes de la gloria literaria de Buenos Aires, serás honrado, serás nombrado y alabado como un digno modelo.

*Semper honos nomenque tuum, laudesque manebunt.”*

La hora, la serenidad del cielo, la consternacion de los oyentes, contribuyeron á dar solemnidad y eco á este elocuente adios. La luz que iluminaba aquella escena, era la de los últimos rayos del sol que se escondia tras la diafana atmósfera de una hermosa tarde de invierno.

**FIN.**

